

estímulo de aliciente tan poderoso como lo es el de una recompensa eterna, sin aquellos misteriosos influjos sobre el alma, que iluminan el entendimiento, impulsan y arrastran la voluntad, enternecen el corazón, abaten el orgullo, estimulan en la desidia, alientan en el cansancio, despegan del mezquino interés, agradan y elevan todas las ideas, purifican, avivan y ensanchan todos los sentimientos, sojuzgando de un modo tan inefable, como dulce, como eficaz al hombre entero; sin todo esto que en la Religión de Jesucristo se encuentra, y solo en ella se encuentra, el débil hombre contrariado, combatido por muchos, muy astutos y poderosos adversarios, vacila, se desalienta, se abate, retrocede pusilánime en el mismo camino en que poco antes le empeñara con ardimiento un impulso benéfico y generoso; y acaba por abrir su corazón al seco y desapiadado egoísmo, para que este monstruo encogido y adusto asiente allí su aislado trono, y dirija con interesadas miras todos los pasos y acciones, desordenando todos los planes, embarazando la ejecución de los mejores proyectos, y secando en la misma raíz toda planta, que pudiera producir para la desgraciada humanidad, algún alivio y consuelo.

Y he aquí porqué somos deudores á la Religión cristiana de la idea, plantéo é incremento de toda clase de establecimientos de beneficencia; he aquí porqué se arriman á ella como hijos á la madre, para que los nutra con su leche, los vivifique con su calor y los favorezca con sus cuidados y ternura. No es de este lugar el tejer la historia de estos establecimientos, pero bien puedo dirigirme con entera confianza á cuantos se han ocupado en el estudio de ella, y preguntarles ¿si no es verdad que en todas partes, y en todas épocas los encuentran enlazados con la Iglesia, colocados á la sombra de la Iglesia, pegados sus edificios á los edificios de la Iglesia, y si no los hallan siempre vigilados, dirigidos por los prelados de la Iglesia?

Y al pensar en los grandes beneficios que por este medio se proporcionaron á la humanidad desgraciada, al recordar que este medio es escogitado y realizado por la Iglesia, y que cuando ella empezaba á ejercer con libertad su acción y desenvolverse en grande sus planes, se atravesó de por medio el trastorno que sumergió en un caos la sociedad; ¿no puede tenerse á gran dicha, que en los calamitosos tiempos que siguieron á aquella catástrofe, se reunieron en manos de la Iglesia pingües riquezas, que le suministrara

medios de hacer el bien en abundancia, enseñando á los pueblos el hacerlo de manera que asegurando el provecho, y regularizando los beneficios de la caridad sobre bien entendidos sistemas, evitase los inconvenientes, y el desperdicio, que consigo lleva no pocas veces, la beneficencia ejercida sin plan, y como al acaso? Al recorrer la historia de aquellos tiempos, en que las leyes estaban sin fuerza, las costumbres sin freno, las violencias sin dique, los corazones sin compasión ni ternura, ¿quién no se ha detenido con placer en aquel hermoso hecho que nos consigna la historia, de que casi todos los monasterios y casas de canónigos regulares tenían anejos hospicios, que ofrecían un asilo al pobre, un albergue al peregrino, y hospitales donde el desvalido enfermo encontraba consuelo y remedio? ¿Quién conozca, que para la instrucción y educación de los pueblos pueden más los ejemplos que las palabras, y los hábitos que las leyes ¿podrá dudar que semejantes establecimientos, que eran como una lección continua y elocuente de amor y fraternidad, no ejercieran un eficazísimo influjo para suavizar las costumbres, hermanar los ánimos, y preparar días apacibles y venturosos? Quien no bendice entonces á la previsora y bondadosa Providencia que había dispuesto en beneficio de la humanidad, que las riquezas pararan á manos de aquellos hombres, que conservaban luz en su entendimiento, virtudes y ternura en su corazón? A no ser así ¿qué pudiera hacer la Iglesia en favor del pobre y del enfermo? ¿cómo pudiera enlazarse su nombre con el de ninguna fundación de establecimiento de beneficencia? ¡oh! ¡y como careciera de uno de los más bellos adornos de su frente, en no pudiendo honrarse con el título de aliviadora de todas las desgracias!

IV.

CUANTO hayan contribuido á la formación y organización de la Europa moderna las riquezas de la Iglesia, bastante se ha manifestado en la serie de consideraciones que acabo de emitir; pe-

ro está muy lejos de haberse agotado la materia, y penetrado con espíritu de observacion en aquellos tenebrosos tiempos, prece-diéndonos la antorcha de la filosofía en manos de la imparcialidad, aun podremos recoger otros hechos, que suministrarán abundante pábulo á profundas meditaciones, y estas nos conducirán naturalmente á descubrir otros puntos de vista tan nuevos, como vastos é interesantes.

Entraré en cuestion con toda libertad é independencia, ni será parte á embarazarme el que en algun punto de la mayor gravedad, haya de encontrarme en abierta oposicion con uno de aquellos hombres, que en tales materias, han llegado á ser para muchos un texto de irrecusable autoridad. Respeto el mérito donde quiera que le encuentre; y si es grande me admira y arrebatá; pero jamas he podido avenirme con ese apocamiento que en nosotros cunde con nombre de libertad, que proclama sin cesar ilimitada la independencia del pensamiento, y sin embargo no se atreve nunca á pensar por sí mismo, y á examinar las cosas de cerca, sino que defiriendo en las mas altas materias á la palabra de algunos autores, no se toma siquiera la pena de estudiarlas. ¡ Cosa notable! Muchos hombres se glorian de pensadores libres, solo porque no escuchan la voz de la Religion, y si bien se los observa, vese con toda claridad que su espíritu se arrastra servilmente en pos de la huella de otro hombre. A nosotros los católicos tambien nos gusta la libertad de pensar, pero la libertad bien entendida, la libertad que no traspasa las grandes leyes que Dios ha dictado á los espíritus; tambien nos place el surcar dilatados mares, el visitar nuevas playas, y sin que nos asusten los bramidos de la mar, seguimos atrevidamente nuevos rumbos y acometemos grandes viajes; pero sabemos que el piélagó es tormentoso, que á veces se cubre de espesas tinieblas, y que arrastradas las nubes por precipitadas corrientes, por furiosos huracanes, corren peligro de extravío y naufragio: por esto no soltamos jamas la brújula de la mano, y esta brújula es nuestra fé. Pero prosigamos, y perdone el lector la digresion, reflexionando, que cuando el pecho está lleno, rebosa.

El hecho histórico que voy á analizar nos descubrirá preciosas verdades sobre los beneficios proporcionados á la humanidad por la misma abundancia de riquezas de la Iglesia, nos dará una idea mas clara de la posicion en que ella se encontró, á causa del ca-

rácter y circunstancias de los pueblos que la rodean, y arrojará bastante luz sobre la legislacion canónica con respecto á los bienes, descubriendo la conveniencia y necesidad de ciertas disposiciones, que á algunos podrian parecerles demasiado terrenas. En el estudio del derecho tanto civil como canónico, es una excelente lumbrera la filosofía de la historia.

Se ha dicho que los Germanos llevaban consigo un vivo sentimiento de independencia personal, que no se hallaba en ninguna otra parte, ni en el Imperio ni en la Iglesia, ni en ninguna de las civilizaciones antiguas; sentimiento que depositado en el seno de la Europa, é inoculado con las costumbres de los pueblos, habia ejercido fuerte y saludable influencia en el desarrollo de la civilizacion. Si pedis que sobre el particular se os suministre algo que pueda fijar vuestra idea, ó que cuando menos se os traizen algunos rasgos característicos que os den á conocer ese sentimiento, se os advertirá ante todo, que nada ha quedado de las costumbres de los bárbaros, que ni un recuerdo de su estado social ha sobrevivido á tantos siglos, que nos vemos precisados á adivinar, á interpretar remotísimos monumentos históricos, á suplir con un atrevido esfuerzo de imaginacion lo macho que nos falta para la esplicacion de aquel estado social; y luego se os añadirá que este sentimiento es el placer de la independencia individual, el placer de lanzarse con su fuerza y su libertad en medio de los lances y aventuras del mundo, los goces de una actividad sin trabajo, la inclinacion á una vida errante llena de imprevision, de desigualdad, de riesgos infinitos; que en esta necesidad imperiosa de independencia personal, habia algo de mas material, mas grosero de lo que nos presentan los cuadros trazados por M. Thierry; que dominaba en los bárbaros del Norte cierto grado de brutalidad, cierta propension á la embriaguez, cierta apatía; pero luego se os dirá con serenidad, que á pesar de esta confusa mezcla de brutalidad y de egoismo estúpido, se conoce que aquella pasion por la independencia individual, es un sentimiento noble cuyo poder se deriva totalmente de la parte superior de la naturaleza moral del mismo hombre, que es hija del placer de sentirse hombre, del orgullo de comprender toda su dignidad, del sentimiento y poder de su libre desembolvimiento en sus facultades.

A buen seguro que si con tan negras pinceladas se nos pinta

el principio fecundo de civilizacion, difícil se nos hará de creer que haya sido gérmen de hermosos resultados; y ni las civilizaciones antiguas ni el Imperio, ni la Iglesia se lo envidiarán á los bárbaros Germanos; y por cierto que todos los hombres que no se dejan deslumbrar por palabras, pensarán que todo lo que haya contribuido á contrariar el incremento y desarrollo de este gérmen, de este individualismo, habrá acarreado grandes beneficios á la sociedad y al individuo. Para conocer mejor este hecho, será necesario alumbrarle algun tanto, quitarle con la austeridad de la razon el velo poético que le encubre, y aclarando las ideas y fijando las palabras, andaremos con mas soltura, mas desembarazo, sin tanto riesgo de extravíos, tropiezos y caidas.

Ahora bien: ¿qué venia á ser este sentimiento? ¿era peculiar de aquellos pueblos, era un resultado de las influencias del clima, de una situacion social? ¿era tal vez un sentimiento, que se halle en todos lugares y tiempos pero modificado á la sazón por circunstancias particulares? ¿Cuál era su fuerza, cuál su tendencia, qué encerraba de justo ó de injusto, de noble ó degradante, de provechoso ó nocivo? ¿qué bienes llevó á la sociedad, qué males; y estos como se combatieron, por quién y por qué medios? con qué resultado? Muchas cuestiones hay encerradas aquí; pero no traen sin embargo la complicacion que pudiera parecer; aclarada una idea fundamental, las demas se desembolverán muy facilmente; y simplificada la teoría, vendrá luego la historia en su confirmacion y apoyo; y ¡quién lo dijera! al examinar todo esto nos encontraremos con las riquezas del Clero, y dispensando grandes beneficios al individuo y á la sociedad.

Hay en el fondo del corazon del hombre un sentimiento fuerte, vivo, indeleble que le inclina á conservarse, á evitarse males, y á procurarse bienestar y dicha. Llámesele amor propio, instituto de conservacion, deseo de la felicidad, anhelo de perfeccion, egoismo, individualismo, llámesele como se quiera, el sentimiento existe; aquí dentro le tenemos, no podemos dudar de él; él nos acompaña en todos nuestros pasos, en todas nuestras acciones, desde que abrimos los ojos á la luz hasta que descendemos al sepulcro. Este sentimiento, si bien se le observa en su origen, naturaleza y objeto, no es mas que una gran ley de todos los seres, aplicada al hombre; ley que siendo una garantía de la conservacion y perfeccion de los individuos, contribuye de un modo ad-

mirable á la armonía del universo. Bien claro es, que semejante sentimiento nos ha de llevar naturalmente á aborrecer la opresion, y á experimentar un desagrado por cuanto tiende á embrazarnos, ó coartarnos el uso de nuestras facultades: la razon es obvia; todo esto nos causa un cierto malestar, y á semejante estado se opone nuestra naturaleza: hasta el niño mas tierno sufre ya de mala gana la ligadura que le embarga el libre movimiento, se enfada, forceja, llora.

Ademas, si por una ú otra causa no carece totalmente el individuo del conocimiento de sí mismo, si por poco que sea, han podido desarrollarse algun tanto sus facultades intelectuales; brotará en el fondo de su alma otro sentimiento, que nada tiene de comun con el instinto de conservacion que impele á todos los seres; otro sentimiento que pertenece exclusivamente á la inteligencia; hablo del sentimiento de dignidad; del aprecio, de la estimacion de sí mismos, de ese fuego que brota en el corazon en nuestra mas tierna infancia, y que nutrido, extendido y avivado con el pábulo que va suministrando el tiempo, es capaz de aquella fuerza prodigiosa, de aquella expansion que tan inquietos, tan activos, tan agitados nos trae en todos los períodos de nuestra vida. La sujecion de un hombre á otro hombre envuelve algo que hiere este sentimiento de dignidad; porque aun suponiendo esta sujecion conciliada con toda la libertad y suavidad posible, con todos los respetos á la persona sujeta, revela al menos á esta alguna flaqueza ó necesidad, que la obliga á dejarse cercenar algun tanto del libre uso de sus facultades: y hé aquí otro origen del sentimiento de independencia personal.

Infiérese de lo que acabo de exponer, que el hombre lleva siempre consigo un amor á la independencia, que este sentimiento es comun á todos tiempos y paises, y que no puede ser de otra manera, pues que hemos encontrado su raiz en dos sentimientos tan naturales al hombre, como son el deseo de bienestar, y el sentimiento de su dignidad.

Es evidente que en la infelicidad de situaciones física y moralmente diversas, en que puede encontrarse el individuo, las modificaciones de tales sentimientos podrán tambien variarse hasta lo infinito; y que estos, sin salir del círculo que les traza su esencia, tienen mucha latitud para que sean susceptibles de muy diferentes graduaciones, en energía ó debilidad, y para que sean morales ó

inmorales, justos ó injustos, nobles ó innobles, provechosos ó nocivos, y por consiguiente para que puedan comunicar al individuo á quien afectan mucha diversidad de inclinaciones, de hábitos y costumbres, dando así á la fisonomía de los pueblos rasgos muy diferentes, segun sea el modo particular y característico con que se hallan afectados los individuos. Aclaradas ya estas nociones, sin haber dejado nunca de la mano el corazón del hombre, queda también manifestado como deben resolverse todas las cuestiones generales que se habían ofrecido con relación al sentimiento de individualismo, echándose de ver también, que no es menester recurrir á palabras misteriosas, ni á explicaciones poéticas, porque nada hay aquí, que no pueda sujetarse á riguroso análisis.

Las ideas que el hombre se forme de su bienestar y dignidad, y los medios de que disponga para alcanzar aquel y conservar esta; hé aquí, lo que graduará la fuerza, determinará la naturaleza, fijará el carácter, y señalará la tendencia de todos estos sentimientos; es decir, que todo esto dependerá del estado físico y moral en que se hallen la sociedad y el individuo. Y aun en igualdad de todas las demás circunstancias, dad al hombre las verdaderas ideas de su bienestar y dignidad, tales como las enseñan la razón, y sobre todo la Religión cristiana, y formaréis un buen ciudadano: dádselas equivocadas, exageradas, absurdas, tales como las explican escuelas perversas, y como las propalan los tribunos de todos tiempos y países, y sembraréis abundante semilla de turbulencias y desastres.

Falta ahora hacer una aplicación de esta doctrina, para que concretándonos al objeto que nos ocupa, podamos manifestar en toda claridad el punto principal que nos hemos propuesto: que por cierto no deja de ser muy interesante el modo con que figuran bajo este aspecto las riquezas del Clero.

Si fijamos nuestra atención sobre los pueblos que invadieron y derribaron el Imperio Romano, ateniéndonos á los rasgos que sobre ellos nos ha conservado la historia, á lo que de sí arrojan las mismas circunstancias en que se encontraban, y á lo que en esta materia ha podido enseñar á la ciencia moderna, la inmediata observación de algunos pueblos de América, no nos será imposible formarnos alguna idea de cual era entre los bárbaros invasores el estado de la sociedad y del individuo. Situados los bár-

baros en su país natal, en medio de sus montes y bosques cubiertos de nieve y de escarcha, tenían también sus lazos de familia, sus relaciones de parentesco, su religión, sus tradiciones, sus hábitos, sus costumbres, su apego al propio suelo, su amor á la independencia de la patria, su entusiasmo por las hazañas de sus mayores, su amor á la gloria adquirida en el combate, su anhelo de perpetuar en sus hijos una raza robusta, valiente y libre, sus distinciones de familias, sus divisiones en tribus, sus sacerdotes, sus caudillos, su gobierno. Sin que sea menester entrar ahora en cuestión sobre el carácter que entre ellos tenían las formas de gobierno, y dando de mano á cuanto pudiera decirse sobre su monarquía, asambleas públicas y otros puntos semejantes; cuestiones todas que á más de ser ajenas de este lugar, llevan siempre consigo mucho de imaginario; é hipotético; me contentaré con observar lo que para todos los lectores será incontestable, y es, que la organización de la sociedad era entre ellos, cual debía esperarse de ideas rudas y superticiosas, usos groseros, y costumbres feroces: es decir, que su estado social no se elevaba sobre aquel nivel, que naturalmente debían haberle señalado tan imperiosas necesidades como son, el que no se convirtieran en absoluto caos sus bosques, y que á la hora del combate no marcharan sin alguna cabeza y guía sus confusos pelotones.

Nacidos aquellos pueblos en climas destemplados y rigurosos, embarazándose y estrechándose unos á otros por su asombrosa multiplicación, escasos por lo mismo de medios de subsistencia, y teniendo á la vista la abundancia y comodidades con que los brindaban espaciosas y cultivadas comarcas, sentíanse á la vez acosados de grandes necesidades, y estimulados vivamente por la presencia y cercanía de la presa; y como que no veían otro dique que las flacas legiones de una civilización muella y caduca, sintiéndose ellos robustos de cuerpo, esforzados y briosos de ánimo, y alentados por su misma muchedumbre, despegábanse fácilmente de su país natal, desenvolvíase en su pecho el espíritu emprendedor, y se precipitaban impetuosos sobre el Imperio, como un torrente que se despeña de un alto risco inundando las llanuras vecinas.

Por imperfecto que fuera su estado social, por groseros que fueran los lazos de que estaba formado, bastábales sin embargo á ellos en su país natal, y en sus costumbres primitivas; y si los

bárbaros hubiesen permanecido en sus bosques, habrían continuado aquella forma de gobierno llenando á su modo su objeto, como á nacida que era de la misma necesidad, adaptada á las circunstancias, arraigada con el hábito, sancionada por la antigüedad, y enlazada con todo linage de tradiciones y recuerdos.

Pero eran sobrado débiles estos lazos sociales para que pudiesen ser trasladados sin quebrantarse, y sus formas de gobierno eran como se hecha de ver tan acomodadas al estado de barbarie, y por consiguientes tan circunscritas y limitadas, que mal podían aplicarse á la nueva situación en que casi de repente se encontraron aquellos pueblos.

Figuráos ahora á los bravos hijos de las selvas arrojados sobre el mediodía, como un leon sobre su presa, precedidos de sus feroces caudillos, seguidos del enjambre de sus mugeres é hijos, llevando consigo sus rebaños y sus groseros arreos, destrozando de paso numerosas legiones, saltando trincheras, salvando fosos, escalando baluartes y murallas, talando campiñas, arrasando bosques, incendiando populosas ciudades, arrastrando grandes pelotones de esclavos recogidos en el camino, arrollando cuanto se les opondre, y llevando delante de sí numerosas bandadas de fugitivos corriendo pavorosas y azoradas por escapar del hierro y del fuego: figuráoslos un momento despues, engridos con la victoria, ufanos con tantos despojos, encrudecidos con tantos combates, incendios, saqueos y matanzas; trasladados como por encanto á un nuevo clima, bajo otro cielo, nadando en la abundancia, en los placeres, en nuevos goces de todas clases, con una confusa mezcla de idolatría y de cristianismo, de mentira y de verdad, muertos en los combates los principales caudillos, confundidas con el desórden las familias, mezcladas las razas, alterados y perdidos los antiguos hábitos y costumbres, y desparramados por fin los pueblos en países inmensos, en medio de otros pueblos de diversas lenguas, de otras ideas, de distintos usos y costumbres; figuráos si podeis, ese desórden, esa confusion, ese caos; y decidme si no veis quebrantados, hechos mil trozos los lazos que formaban la sociedad de esos pueblos, y si no veis desaparecer de repente la sociedad civilizada con la sociedad bárbara, aniquilarse todo lo antiguo, antes que pudiera reemplazarlo nada de nuevo.

Y entonces si fijais vuestra vista sobre el adusto hijo del alqui-

lon, al sentir que se relajan de repente todos los vínculos que le unian con su sociedad, que se quebrantan todas las trabas que contenian su fiereza, al encontrarse, solo, aislado en posición tan nueva, tan singular y extraordinaria, conservando un oscuro recuerdo de su país, sin haberse aficionado todavía al recién ocupado, sin respeto á una ley, sin temor á un hombre, sin apego á una costumbre; no le veis arrastrado de su impetuosa ferocidad arrojarle sin freno donde quiera que le conducen sus hábitos de violencia, de vagancia, de pillage y matanzas: y confiado siempre en su nervudo brazo, en su planta ligera, guiados siempre por las inspiraciones de un corazón lleno de brio y de fuego, y por una fantasía exaltada con la vista de tantos, tan nuevos y variados países por los azares de tantos viages y combates, no le veis acometer temerario todas las empresas, rechazar toda sujeción, sacudir todo freno, y saborearse en los peligros de nuevas luchas y aventuras? Y no encontráis aquí el misterioso individualismo, el sentimiento de independencia personal, con toda su realidad filosófica, y con toda su verdad histórica?

Este individualismo brutal, este feroz sentimiento de independencia, que ni podía conciliarse con el bienestar del individuo, ni con su verdadera dignidad; que entrañando un principio de guerra eterna, y de vida errante, debía acarrear necesariamente la degradación del hombre, y la completa disolución de la sociedad, tan lejos estaba de encerrar un germen de civilización, que antes bien era lo más á propósito para conducir la Europa al estado salvaje; ahogando en su misma cuna toda sociedad, desvaratando todas las tentativas encaminadas á organizarla, y acabando de aniquilar cuantos restos hubieran quedado de la civilización antigua.

Para neutralizar un elemento tan poderoso, para combatirle y enflaquecerle, para obligarle á que se encerrase en estrechos límites, y no ejerciera sobre la sociedad toda su funesta influencia, necesario era oponerle otro elemento regenerador, organizador, y que en nada cediese á su contrario, ni en extensión ni en fuerza y consistencia. Era menester que el elemento civilizador se hallara en todas partes, porque todo lo había invadido la barbarie, que contase con un gran caudal de resistencia, con hondo arraigo, vastas relaciones, para que no alcanzara á disiparle un ímpetu violento, y no se perdieran nunca las esperanzas de su

prevalcimiento y completa victoria, aun en medio de parciales derrotas: y bien se echa de ver que era para este fin una combinacion muy á propósito la union de los medios morales con los físicos, el hallarse la verdad divina, y las llaves del cielo, en unas manos que dispusieran al propio tiempo de grandes riquezas, que no solo sufragasen para el bienestar é independenciam; sino que hasta llevasen consigo la facultad de hacer el bien en abundancia, de alcanzar predominio y poderío, y desplegar en el culto y en todos los edificios, magestad y magnificencia. Así se concibe como pudo presentar la Iglesia una resistencia sorda, pero firme, inalterable, universal que fatigaba, debilitaba, quebrantaba aquella bárbara impetuosidad que atacaba sin cesar toda clase de propiedades, que acababa de desmoronar y pulverizar todas las instituciones: así se concibe como el cuerpo de los ministros de la Iglesia se convirtió en una asociacion organizadora y civilizadora, tan vasta como compacta; que trabajaba sin cesar para el logro de su objeto, dirigida en su espíritu por las inspiraciones de su alto ministerio, y estimulada su debilidad humana por el acicate de los intereses propios. Aquellos adustos canonistas, que se asirian de una hebra para tener ocasion de declamar un poquito contra lo que apellidan abusos, codicia, ambicion y otras semejantes lindezas, cuando al recorrer las épocas á que aludo, encuentran á los concilios muy ocupados en la conservacion de los bienes de la Iglesia, y se escandalizan seguramente de miras tan terrenas, notando con desagrado la severidad de algunas medidas, y la repeticion de amonestaciones y prohibiciones con respecto á usurpar las propiedades de la Iglesia, recuerden lo que acabo de observar, noten lo que voy á decir, y entonces serán mejores canonistas porque serán mas filósofos.

El Clero defendia con firmeza, con teson, y hasta con calor sus bienes, es verdad; pero las sociedades reconstruidas sobre las ruinas del Imperio Romano deben quedarle agradecidas para siempre por esa misma resistencia y firmeza; y una sana filosofía jamas encontrará aquí nada de que pueda lamentarse, porque nunca se vieron mas admirablemente enlazados, identificados los intereses de una clase con los grandes intereses de la sociedad, como son, el respecto á las propiedades, el acatamiento á las leyes, la creacion, conservacion y engrandecimiento de instituciones benéficas, la organizacion de un poder público, en una palabra to-

das las semillas y garantías de sosiego, de bienestar, de civilizacion y de cultura.

A no habernos favorecido la Providencia con una combinacion tan feliz, tan benéfica, tan fecunda en grandes resultados, hubiéranse acabado de borrar las huellas de la civilizacion antigua y amalgamados en torpe mezclanza los pueblos bárbaros con otros pueblos afeminados y caducos, extendiendo su tosco y negro velo la mas grosera ignorancia, pululando por todas partes la mas informe supersticion, desarrollándose al propio tiempo la corrupcion mas espantosa, enervados y enflaquecidos tambien con el contagio los adustos invasores, habrian presentado los pueblos de Europa aquella fisonomía innoble y degradada, donde ni se encuentran los sublimes rasgos con que se pinta en la frente del hombre civilizado el desarrollo del pensamiento, ni aquella energia y fiero orgullo que hace menos intolerable la faz adusta, y los groseros modales del hombre bárbaro.

Y cuando algun tiempo despues la invasion sarracena vino á amenazar á la independenciam de Europa, ¿quién la hubiera resistido? ¿Qué dique hubiera encontrado el engrandecimiento de aquel pueblo, que contaba á la sazón con el ascendiente que le daban su mayor saber y cultura, con los inmensos recursos que le ponía en la mano su vasta dominacion, con el aliento que inspiraba su número, con el engrandecimiento de una série de victorias, con la emprendedora osadia que le comunicaba el rápido progreso de su grandeza, y con aquella frenética energia con que le animaba su ardiente fanatismo? A buen seguro que no pudiera mantenerse la independenciam de Europa en lucha con poder tan colosal; hubiera sucumbido bajo la dominacion de la Media Luna, y el Islamismo triunfante hubiérase quedado tranquilo en España, se habria establecido sin resistencia en Italia, y enseñoreándose de todo el mediodia de Europa, y penetrando en seguida en los países interiores, presentaríamos ahora el triste cuadro de pueblos estacionarios, envilecidos y degradados; de esos pueblos que ahora el inteligente, el civilizado, el altanero Europeo contempla con lástima y desprecio, al recorrer las inmensas regiones del Africa y del Asia.

Tan grave era la herida, que habia recibido la sociedad, que ni aun con tan poderosos medios fué posible evitar ni atajar el progreso de la barbarie; y la historia de aquellos tiempos nos ha